

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 154.

Alicante 8 de Noviembre de 1873.

Año IV.

LA IGLESIA Y EL ESTADO.

V Y ÚLTIMO.

Las diferencias entre la Iglesia y el Estado que venimos apuntando y desenvolviendo en los artículos anteriores son de tal importancia, que ellas por sí solas bastan para marcar la extension de cada poder y para caracterizarle convenientemente. No basta saber lo que es la Iglesia y lo que es el Estado aisladamente, para conocer por completo el carácter propio de cada uno; es necesario además fijarse en sus mútuas y naturales relaciones, para conocer las cuales es tambien necesario conocer sus diferencias, en lo que se funda por consecuencia uno de los motivos principales que abonan el presente estudio.

No quisiéramos que los hijos verdaderos de la Iglesia, en cuyo número nos contamos, presumiesen ver en estos humildes trabajos el mas pequeño desvío de los fueros divinos de tan buena madre. No quisiéramos tampoco que los buenos patricios creyeran ver rebajados los derechos del Estado en su

genuina inteligencia comprendidos. Deseamos, por el contrario, que la Iglesia y el Estado sean conocidos como son esencialmente en sí, sean apreciados en su verdadero objeto y tendencias, se coadyuven mútuamente, y para ser respetados como con debida justicia se merecen, que sean conocidas sus esenciales diferencias. Tal es el fin marcado á que van dirigidos los presentes trabajos, siquiera adolezcan del defecto de no ser llevados á ejecucion por una inteligencia que pueda levantarse á la altura de los mismos. De todos modos, importa la terminacion de ellos en interés de la utilidad que su conocimiento puede producir en todos tiempos, y mas especialmente en los que atravesamos

Otra diferencia entre la Iglesia y el Estado, que al propio tiempo envuelve una superioridad sobre este, consiste en el carácter universal que distingue á la Iglesia. No es esta á la manera de cualquier secta, puesto que no admite que las otras comuniones se hallen en el camino divino de la redencion, en el cual

afirma con justicia estar ella sola. Su pretendido exclusivismo es, por lo tanto, la manera mas propia de afirmar su universalismo. En realidad la Iglesia es tan poco exclusiva, que despues de haber separado de sí á todas las sectas para cobijar en su seno á todos los hombres, reivindica como un acto de su propio dominio á todos los individuos que de buena fé practican los mandamientos de Dios, y pertenecen al espíritu de la Iglesia en las secretas y misteriosas disposiciones de su alma.

El Estado jamás se atreveria á llevar tan lejos sus pretensiones. Todos sus miembros están encerrados dentro de las fronteras de la nacion, materialmente trazadas por las cordilleras de montañas, por los rios, los mares ó por límites convencionales.

Lo mismo que decimos de la universalidad de la Iglesia, puede decirse de su duracion que es inmortal. Ella presencia despues de siglos el hundimiento de los Estados que han pretendido limitar su accion ó poner trabas á su independencia. El Estado y la Iglesia son, pues, absolutamente diferentes el uno del otro, y la Iglesia en cada una de estas diferencias es superior al Estado. Estos dos poderes son completamente distintos por su fin, por su objeto, por su destino y por su duracion.

Hé aquí por qué su union es en gran manera difícil, y tanto más cuanto que uno de los dos poderes

está mas elevado. Todas las demás uniones, siendo naturales, se verifican por un esfuerzo de la naturaleza que es frecuentemente un atractivo, un encanto y áun una seducción. Pero la union de lo natural á lo sobrenatural supone un esfuerzo heróico. Criado el hombre en el estado sobrenatural, lejos de complacerse en este estado despues de su caída, se vé obligado á imponer sacrificios violentos á sus malas inclinaciones, para elevarse fuera de la naturaleza y volver á encontrar el nivel perdido.

La union de la Iglesia y el Estado es, pues, difícil: la historia de las guerras entre el sacerdocio y el imperio desgraciadamente lo prueba. No es ciertamente fácil hacer salir al mundo de sus caminos para obligarle á entrar en el reino de Dios. Mas, aunque esta union es difícil, no es por ello menos deseada, pues que su objeto es elevar las naciones por cima de la naturaleza hasta Dios, no haciendo violencia sino á los malos instintos de la naturaleza humana y á su criminal repugnancia á obrar la ascension divina.

Confesamos francamente que no comprendemos á los hombres amantes del progreso que rechazan la union del Estado con la Iglesia, por miedo de que ésta, siendo superior á aquel, le absorba dentro de sí borrando su verdadero carácter de independencia. No escuchemos á estos hombres amantes del progreso solo de palabra, si queremos ser

verdaderos hombres de progreso en los hechos; y pues que el Estado no ha podido ni puede decirnos la última palabra de las cosas y del destino del hombre, asociémosle á la Iglesia para que ella le enseñe esta palabra, y enseñándosela le eleve á su propia altura.

Pero todo esto se llevará á cabo por medio de la libertad de la Iglesia, y solo por este camino. Déjese á la Iglesia en el pleno y libre ejercicio de sus derechos divinos. Déjese al Estado en disposicion de que oiga continuamente la palabra de la Iglesia, y en libertad de recibirla y aceptarla por su fuerza sobrenatural, y despues vendrá sin esfuerzo la deseada union entre la Iglesia y el Estado. No estamos por los casamientos forzados, sino por los que nacen de la inclinacion y del afecto mútuo. La libertad de accion y de predicacion por parte de la Iglesia dentro de los límites de su divina mision, y la libertad en el Estado para sentir aquella accion y recibir aquella predicacion, producirán sin duda la apetecida union y armonía entre ambas instituciones.

La Iglesia y el Estado no son en realidad dos cosas contradictorias. Solo es imposible la union de los contradictorios: lo verdadero y lo falso, el vicio y la virtud no pueden unirse; pero hay seres que difieren por otros conceptos. Estos seres se unen tanto mejor cuanto mas difieren entre sí, y cuanto mas

superiores son unos á otros; porque entonces las mismas diferencias sirven de órganos de union, y la superioridad de unos completa lo que los otros seres tienen de defectuoso y de incompleto. Esto es lo que hizo decir á Salomon, que todos los seres han sido criados diferentes para poder mejor unirse unos con otros. La union, aunque se verifique en cualquier número de objetos, como sucede en ciertas combinaciones químicas, no deja por ello de verificarse en virtud de las diferencias y de las superioridades respectivas de los seres. El principio es siempre el mismo; y no podrá cambiar aunque se trate de la mas alta y de la mas venerable de las uniones, la union de la Iglesia y del Estado.

Mas esta union tiene por otra parte una razon ineluctable, á saber, que la naturaleza de la Iglesia implica una intervencion universal, que abraza todos los actos humanos y sujeta al ciudadano en todos los actos de su vida, desde el dia en que sale del seno de su madre hasta el dia en que el sacerdote pronuncia sobre su cuerpo frio y sin vida la oracion por el descanso de su alma.

Es necesario ser francos y explicitos en confesar que se quiere destruir la Iglesia intentando separarla del Estado. Separar la Iglesia del Estado, cuando tiene el derecho de intervenir en todos los actos de la vida del hombre y de los pueblos para conducirles á su fin último,

es afirmar que el Estado podrá separar al sacerdote de las escuelas y de los campos, prescindir de la bendición nupcial en los matrimonios, decretar el divorcio, prohibir todo culto externo y hasta la bendición de los cementerios. Y si la acción de la Iglesia se halla embarazada ó impedida abusivamente por sectas rivales ó por asociaciones impías, se responderá á los Obispos que reclamen su derecho al pleno ejercicio de su libertad: «El Estado no tiene por qué ocuparse de quejas que le son extrañas.» Siendo universal la acción de la Iglesia, separarla del Estado es crearle dificultades sin número y preparar su ruina.

La union de la Iglesia y del Estado inspira á muchos una especie de temor; les parece ver en ella la absorcion del Estado por la Iglesia. No se para la atención en que precisamente porque la Iglesia es infinitamente superior al Estado, es absolutamente distinta de él en su fin, en su naturaleza, en su origen y en sus atribuciones, no puede realizarse semejante absorcion.

Si la Iglesia, en vez de tener un fin sobrenatural, tuviese un fin natural, confundiéndose sus atribuciones con las del Estado, podia temerse la absorcion. Mas nada hay de esto: todo lo que se refiere al derecho natural es de la competencia del Estado; todo lo que es de derecho sobrenatural es de la competencia de la Iglesia. Tambien las

atribuciones del Estado son mas numerosas siendo menos elevadas. Obligado á intervenir en todas las complicaciones de la vida social en el interior y en el exterior, sus atribuciones abrazan el dominio de la legislación civil, administrativa, comercial y penal, en la que existen una infinidad de leyes. El Estado tiene, por consiguiente, un campo vastísimo en donde ejercer su actividad sin tocar al dominio del poder religioso.

La Iglesia realmente es la guardadora de la moral. Bajo este título interviene en el dominio del derecho puramente natural, y en este terreno se encuentra con el Estado, guardador tambien de la moral natural. Pero si se encuentran en este terreno es para unirse en él, teniendo una y otro igual interés en hacer respetar y cumplir las leyes de la moral.

La union en este punto debe verificarse en interés del Estado tanto como en el de la Iglesia; porque allí donde termina la represion del Estado que no puede castigarlo todo, comienza la represion moral de la Iglesia en el fuero interno, lo cual completa la represion insuficiente del Estado, y está en armonía con ella.

Hemos terminado este trabajo, deseando haber demostrado las diferencias esenciales é importantes que existen por naturaleza entre la Iglesia y el Estado, al paso que

la ventaja inmensa y necesidad de la union íntima y profundas relaciones que deben estrechar á ambos en bien de una y otro, en bien de la humanidad.

No somos del número de los que pretenden buscar la edad de oro en la edad media, en el antiguo régimen ó en la revolucion social. Esta edad de oro está por venir, si debe venir y así se halla decretado en los designios eternos. Y si hubiésemos de espresar nuestros sentimientos sobre lo que debieran meditar los salvadores de los pueblos, presidentes de república ó pretendientes á la corona, nosotros les diríamos: «Mirad á Cristo y leed atentamente su Evangelio; y vereis que Cristo y el Evangelio son infinitamente mas bellos y mas perfectos que todo cuanto la humanidad, en su incesante lucha con la Iglesia, ha podido realizar sobre la tierra. El reino de Cristo no ha llegado aun, y su época se halla envuelta en las obscuridades del porvenir inescrutables para el hombre. Si, pues, quereis marchar hácia este porvenir, mirad hácia atrás por encima del origen de la revolucion, del antiguo régimen y de la edad media, para subir hasta Jesucristo.»

UNA PEREGRINACION Á LOURDES.

Nunca como en estos tiempos ha dominado á la sociedad el grosero materialismo; jamás la impiedad logró esten-

der más sus perniciosas doctrinas, perturbando el sentimiento moral de los pueblos, inoculando en la juventud el virus deletéreo de una civilizacion material que aleja al individuo de su Creador, y desliga al alma de los lazos amorosos con que el catolicismo retiene á los corazones sanos en el seno de la virtud y de los principios eternos, reguladores de la paz en la sociedad y de la union y perfecta armonia en la familia. Parece que el Señor enojado por los vicios monstruosos de este siglo, ha permitido se desaten, cual furioso huracan, todas las pasiones, todos los elementos perturbadores y disolventes, y que arrasen y destruyan cuanto á su paso se oponga, para castigar así la soberbia del hombre y levantar despues de entre los montones informes de tanta ruina y de desolacion tan grande el edificio grandioso y sublime de la verdad, de la paz universal y de la piedad acendrada de los pueblos, que en su locura se dejan llevar por los halagos y las hipócritas promesas de la revolucion irreligiosa y prostituida.

Mas tambien en medio de esta grave anarquía moral, cuando parece desgajarse, á impulsos de rícos embates, el árbol de la virtud, los hombres honrados, aquellos que fian su ventura á la práctica de las santas doctrinas de la religion verdadera y que posponen todo á su salvacion eterna, tienen consuelos inefables, disfrutan de momentos dichosos en que el alma se espacia, consuela y fortifica, preparándose á resistir con mas valeroso empuje los desatentados ataques de la impiedad desenfrenada. Y es que en el fondo del negro cuadro que hoy ofrece el mundo se descubren puntos luminosos,

que, cual fábulo en noche tempestuosa, nos indican el puerto de refugio, donde nos espera la paz y la felicidad verdadera. No puede desconocerse que si es verdad que el mundo corre á su perdición quedan aun pueblos, regiones y aun países libres del contagio inmoral que todo lo corroe; que hay familias, grupos y hasta razas que conservan con religioso cuidado la fé de sus padres, las virtudes de sus mayores y que se agrupan ante los altares levantados por la fé católica, en busca de consuelo en sus aflicciones, de remedio en sus males y de esperanza en sus tribulaciones. El contraste es magnífico y consolador; en tanto que los unos, ciegos por el génio del mal, corren sin concierto ni union de aberracion en aberracion, de desengaño en desengaño, tras de un objeto que cada dia se aleja más de sus ojos, por lo mismo que cada vez es mas imposible, por estribar su realizacion en utopias y fundarse su triunfo en el desconcierto moral; los otros, menos soberbios, mas desconfiados de su propio valer, reconocen que la criatura por sí sola poco ó nada puede para evitar los males de la sociedad, y acuden afanosos, con ánimo tranquilo, con la fé que presta siempre la convicción profundísima de caminar con la verdad una é inmutable, á pedir el alivio de sus males, el apoyo para sus aflicciones á la Madre de Dios, á la Virgen Inmaculada, seguros de alcanzar del Señor sus legítimas peticiones, porque aquella Señora presta siempre su divina proteccion á cuantos poseídos de la fé, llenos de caridad, sin ódios, sin orgullo y con el corazón sano, se postran humildes ante sus plantas, llorando los males que á la humanidad

azotan, y suplicando un rayo de misericordia que permita esperar en la regeneracion de la perturbada sociedad.

Los primeros se reúnen en tenebrosos *clubs*, en masónicas logias, y allá en los antros de secretas sociedades, presididos por la discordia, impregnados de orgullo, revueltos entre las excesos de saturnales báquicas, pretenden llevar al mundo por el camino de la impiedad, ahogando sus remordimientos con los vapores de los festines y la concupiscencia de sus malditos placeres: los otros se congregan á la luz del sol, sin misterios ni fórmulas enigmáticas; proclaman sus sentimientos sin rodeos ni ambages; exponen sus deseos ante el mundo; abren sus corazones á la verdad y se preparan para el bien por la oracion y la penitencia: todos sus placeres son acercarse á la *mesa de verdad*, alimentarse con el pan sagrado y postrarse, humildes y silenciosos, ante los sagrados altares para pedir, no la destruccion ni el aniquilamiento de sus tenaces enemigos, sino tan solo su conversion, su vuelta al redil del buen rebaño. Aquellos desahogan su furor con sangre y destruccion; estos entonando por calles y plazas cánticos dulcísimos de amor y de alabanza, de paz y de caridad: por eso aquellos están presididos por Satan y se dejan guiar de impúdicas ramerías; á los últimos los preside desde el cielo la Madre del Amor Hermoso, les guía y conduce la estrella refulgente de Sion.

Testimonio elocuente de estas verdades son las peregrinaciones que incesantemente se celebran en estos últimos tiempos á los Santuarios mas venerandos de Europa; y para que todo en este asunto

sea providencial, merecen notarse dos circunstancias especiales, de las que una caracteriza el movimiento católico, y la otra parece indicada por Dios como protesta gloriosa contra la heregia que más se ha desarrollado en la época actual. Sufre Europa conmociones que casi la deshacen; se sobreponen las sociedades masonicas y triunfan en toda la linea: la sociedad se agita: brillan los siniestros resplandores de los incendios, se desconoce toda autoridad, se rasgan todos los lazos de la familia, la propiedad se vé en peligro; todo, absolutamente todo se vé amenazado de perecer, y el hombre comprende que es indispensable atajar el mal, poner un dique á la invasion devastadora que nos ahoga, hacer, en fin, un esfuerzo supremo para salvar del caos y la destruccion á esta desgraciada sociedad. ¿Cuál es, empero, ese remedio, á que se acudirá para procurar esa reaccion que todos piden, y por la que se clama en todas partes y cada vez con mayor angustia? Los revolucionarios de siempre, los libre-pensadores, los materialistas, en una palabra, los irreligiosos de todas clases y matices se afanan, se agitan y revuelven por encontrar una fórmula que concilie su impiedad con el orden, su desquiciamiento moral con la aparente conservacion de la familia, y sus disolventes doctrinas con la salvacion de su propiedad, adquirida Dios sabe cómo y á qué precio. Procura, pues, levantar un dique que detenga el mal y que paralice ese movimiento disolvente, pero solo en la esfera material, transigiendo, no destruyendo y menos arrancando del corazon del pueblo la perversion moral que lo aniquila y consume: por eso lu-

cha contra un imposible, y cada paso que dá, como tortuoso é ineficaz, es un nuevo obstáculo, cuando no un incentivo arrojado en medio del incendio.

Los católicos, por el contrario, persuadidos de que los males sociales no se curan con fórmulas, ni se atajan sus progresos con ligeros tratamientos esternos, sino que es preciso regenerar la sangre, si el enfermo ha de salvarse, buscan el fondo de la cuestion y prescindien de los detalles superficiales: buscan el remedio en la moral, quieren una curacion completa que aleje todo temor de que el mal se reproduzca, y para eso anhelan que el mundo vuelva sobre sus pasos, que abandone el materialismo que lo corroe y se acoja confiado á los principios de la fé católica, porque en esta religion de amor y de caridad hay consuelo para todas las necesidades y remedios infalibles para todos los males; y seguros de que obtenido el orden moral, esto es, brillando la fé y las virtudes en los corazones, unidos todos con el vinculo sagrado de la religion, el desorden es imposible y la anarquía una utopia, se acogen á la proteccion de Maria; buscan un refugio en el Sagrado Corazon de Jesús; estrechan los lazos de la familia ante los altares, uniéndolos con indisolubles vinculos, y buscan la concordia de los pueblos en la oracion comun al Señor de todo lo creado. Pero no, en vez de proyectos efimeros que no curan las llagas sociales de teorías económicas que regularizan la marcha de la revolucion, se reunen y congregan en los Santuarios, elevan sus plegarias al Altísimo, invocan la proteccion de la Virgen, purifican sus almas con el pan eucarístico y adquieren así la

tranquilidad de sus conciencias, y procuran con su ejemplo y sus oraciones la conversión de los espíritus inquietos, que si al principio se mofaron de estas demostraciones religiosas, hoy que las ven crecer y propagarse con increíble rapidez, y que pueblos enteros cruzan extensas regiones para implorar la paz pública á las plantas de la Virgen, se paran asombrados, quedándose mudos de admiración y léjos de reirse de lo que llamaban superstición y fanatismo de la ignorancia, se ven obligados á respetar ese movimiento admirable de la religiosidad del pueblo sensato y virtuoso.

En efecto: uno de los medios que para manifestarse ha adoptado el movimiento católico, es el de acudir en grupos numerosos, por pueblos, por asociaciones ó por clases á los santuarios más venerandos de la Virgen á implorar remedio á las necesidades sociales y el triunfo de la Iglesia, que gime oprimida por la impiedad. Encarecer la importancia de estos actos sencillos, pero magníficos de la fé cristiana, sería inútil, porque con ellos no solo se fortifica la fé de los que asisten, sino que el ejemplo de su religiosidad atrae á otros muchos, y el ostentar su fé en público anuncia á los pusilánimes de corazón, que ya no vacilan, ni temen hacer gala de sus católicos sentimientos; y esto prescindiendo del espectáculo conmovedor que ofrece una multitud de gentes, agrupándose en torno de la Reina del cielo á pedir por sus semejantes.

Uno de esos actos acabo de presenciar, tomando en él parte activa, y el entusiasmo que inunda mi alma y las gratas impresiones que dejó en el corazón, me mueven á tomar la pluma para ha-

blar de un suceso, tan sencillo en la apariencia, mas lleno de gratas y dulces emociones.

Conocido es ya el célebre Santuario de *Nuestra Señora de Lourdes*, fundado por la piedad de los fieles en el terreno donde la Virgen se dignó aparecer diez y ocho veces á una pobre y misera niña de las montañas del Pirineo: escusado sería detenerse en describir sus bellezas, ni los milagrosos portentos de la fuente brotada al pié de la gruta, por la voluntad divina de aquella Escelsa Señora. No es de extrañar, por tanto, que una vez emprendido el gran movimiento católico, *Lourdes* sea uno de los santuarios más concurridos de peregrinos, y ya todos los departamentos de la Francia han llegado á implorar clemencia al pié de la veneranda *gruta*, siendo innumerable el número de creyentes que se han arrodillado á las plantas de la Virgen, en los pocos años que hace se levantó el Santuario.

El pueblo vasco-francés, modelo de religiosidad y de austeras costumbres, no ha querido presenciar indiferente tan grandes peregrinaciones y acaba de realizar una, que dejará eterna memoria en quienes tuvimos la dicha de asistir á ella. Preparada en pocos días salió de los pueblecitos de San Juan de Luz, Ciboure, Mendaya, Urruge y Guetari, la noche del 24, una numerosa peregrinación en la que figuraban no pocos españoles. Reunidos en las iglesias de Ciboure y San Juan, preparáronse con un solemne canto al acto religioso que iban á realizar, y después de recibir la bendición de los Párrocos, dirigiéronse en procesión y entonando el cántico *Ave Maris Stella*

á la estacion del ferro-carril; donde esperaban dos trenes extraordinarios, que bien contendrian más de 1.200 á 1.400 viajeros, ¡Qué bello efecto causaba el presenciar en medio de la noche una extensa linea de peregrinos, llevando por distintivo una cruz roja sobre el pecho, que con religioso acento cantan alabanzas á Maria y marchan en el orden mas perfecto, sin ruido, agitacion, ni ese mundanal alborozo que siempre acompaña á los preparativos de un viaje!

¡Bien revelaban ya que les guiaba el espíritu católico y que llevaban un objeto religioso! El pueblo entero se agolpaba al paso y tal fué el respeto y la consideracion que infundia el aspecto y la actitud religiosa de los peregrinos, que ni una voz, ni una imprecacion se alzó?, ninguna burla, ni aun la sonrisa del desden se vió dibujar en los lábios de aquella multitud, que apenas permitia el paso á la procesion, y por el contrario, casi nadie permaneci6 con la cabeza cubierta al paso de los peregrinos.

Tras un viaje de más de seis horas, llegaron los dos trenes á Lourdes con poca diferencia y apenas hubieron descendido los peregrinos, proveyéronse todos de cirios, disponiéndose á subir al Santuario, que dista unos veinte minutos, atravesando las principales calles de la poblacion. Caminaba al frente el estandarte de la peregrinacion, de seda azul celeste, bordado en plata y en cuyo centro aparecia la inscripcion *Ama Birgina Lurdeuari Euscaldunen Omayá*; que traducida al castellano, viene á decir: *Obsequio de los vascongados á la Virgen de Lourdes*: marchaban despues los hombres, con el Clero en el centro, y por

último, las mujeres, formando dos hileras que ocupaban una considerable extension de terreno. En esta forma, con los cirios encendidos, descubiertos y cantando el himno de la Virgen y las Letanias, caminó la peregrinacion hasta el Santuario. El vecindario de Lourdes, acostumbrado ya á estas solemnidades, salia, no obstante, presuroso á contemplar el magnífico cuadro que ofrecia esta: apenas la luz del sol empezaba á dibujar con ténues tintas las cimas de los altos montes que circundan al pueblo, las voces de tantas personas, elevándose respetuosas para aclamar á Maria, llevaban al alma la más celeste armonia: el recogimiento de todos, su compostura, su sencilla gravedad, despertaba la emocion aun en los más despreocupados; aquellos cánticos sagrados, al resonar en los Pirineos, debian elevarse puros y magestuosos al trono de la excelsa Virgen, tachonado por las estrellas que todavía brillaban en el firmamento. Imposible es de todo punto espresar lo que el corazon sentia en aquellos momentos: muchos ojos vertian lágrimas, no de dolor, sino de alegría y de religioso entusiasmo, y de todos se sentian poseidos de algo grande, que rebosando en su espíritu, pugnaba por salir al exterior, y solo el respeto que infundia tan solemne acto, impidió el que muchos prorumpieran en vivas á Maria.

Penetró la comitiva en el santuario, resplandeciente cualáscua de fuego; bello en sus detalles, gracioso en su conjunto; y al poner su planta en el lugar destinado á perpetuar la memoria de la aparicion de la Inmaculada, ni un solo corazon dejó de latir con violencia, ni un

solo espíritu quedó sin conmoverse profundamente. Aquella nave esmaltada por cientos de estandartes, depositados por otros tantos pueblos en testimonio de su fé: aquellos sencillos recuerdos de la gratitud de miles favorecidos por María, que llenan las paredes y se extienden por todas partes; el incienso que llena el ámbito y la armonía sagrada del órgano que resuena en son de alabanza, unidos al recuerdo vivo, poderoso, de que allí cerca se dignó aparecer la Madre de Dios dejando de su paso huellas gratisimas, era mas que suficiente para llenar el alma de sensaciones dulcísimas, y las rodillas de todos se doblaron sin saber por qué, y de todos los labios salió una plegaria de amor, pobre homenaje de gratitud á la incomparable Virgen entre las vírgenes, como el sol hermosa, como el lirio pura.

Todos los peregrinos se acercaron á la mesa de *salud* con ejemplar devocion y humildad, y tras de una bella plática dirigida por un señor Sacerdote acerca de la importancia y significacion del grandioso acto que se celebraba, entonóse de nuevo el canto *Ave Maris Stella* que en aquellos momentos nos pareció mas sublime, mas tierno que nunca, como si los corazones rejuvenecidos por la Eucarestia, sintieran con mayor intensidad las dulzuras de tan magnifico himno. ¡Qué mágico efecto causaban las voces de las Hijas de Maria, dulces y expresivas, cantando las glorias de su divina Madre, con un sentimiento puro é indefinible de amor y de cariño! Aquel coro era algo mas que un canto humano, semejaba por momentos un coro de ángeles sentados al pié del trono celestial

y derramando torrentes suavísimos de armonía divina, en nada parecidos á los que se escuchan en la tierra.

Resonando aun los acentos de este himno salió la peregrinacion del Santuario y por un camino accidentado bajó á la *gruta* en que Bernardita vió en sus éxtasis á la que se llamó á sí misma la Inmaculada Concepcion; y describir lo que todos sentiamos al descender por aquella montaña, seria difícil, si no se observára que todos ansiaban prosternarse ante el lugar que honró Maria tantas veces. Llegamos por fin, y apenas colocados en la plazoleta que dá frente á la gruta, caimos todos de rodillas, sin que mediara escitacion alguna, sin terminar aun el cántico, y, sin embargo, todos enmudecieron, inclinaron sus frentes y oraron largo rato silenciosos y conmovidos. ¿Qué hay, me preguntaba yo despues de un rato largo de oracion, qué hay aqui, en que solo se vé una imágen sencilla colocada en el hueco de una roca, al aire libre, sin templo, sin adornos, sin nada que revele que aquello tiene importancia alguna, para que todos se humillen, recen y se absorban en la contemplacion de ese agreste y nada exornado lugar? ¡Ah! No hay cosa que nos recuerde las grandezas de la tierra; no existen comodidades, ni adornos, ni objetos que atraigan por su belleza, ni el lugar es capaz de llamar la atencion por su forma especial, pues es sencillo y pobre en demasia: mas en cambio, aquella atmósfera está impregnada del aroma admirable que en ella dejó esa singular mujer, encanto de los ángeles, admiracion de los hombres: en aquel suelo se dejó ver Maria de su humilde sier-

va: allí existe la fuente brotada por su mandato y que á tantos ha devuelto la salud del alma y del cuerpo, y allí, por fin, ante aquella poética imágen se despiertan todos los recuerdos, se conmueve la fé, se siente el estímulo de amor y se busca afanoso el amparo y protección de la incomparable María. Por eso, todos doblan su rodilla, por eso, si esa imágen adorada no aparece cubierta de coronas de flores de los jardines, se halla constantemente ornada de otras más preciosas, cuales son, coronas de flores de los corazones y de la inteligencia de todos los creyentes que allí llegan á demandar protección y amparo á la *bella Nazarena*, á la aurora que prepara el nacimiento del sol, á la que es camino de esperanza y de virtud.

No me detendré en relatar los episodios que tuvieron lugar en aquel paraje; el afán de todos por beber de la sagrada fuente, lavar sus heridas y humedecer sus miembros: de los que besaban la roca con humildad ó la tocaban con su frente: de los miles de cirios que en honor de la Virgen se encienden de día y de noche; de los objetos innumerables que se bendicen y se tocan á la peña dó se asienta María, ni de los tiernísimos homenajes de gratitud de los que deben favores á la divina Señora. Baste decir, que todo el día la *gruta* se vió llena de un numeroso gentío, que ya oraba humilde, ora presentaba sus ofrendas á la Virgen ó procuraba que sus rosarios, medallas, imágenes, etc., etc., se tocaron en la *gruta*. Cerca de la una el coro de Hijas de María, en unión de todos los peregrinos, entonó el himno á María, y el señor Cura de San Juan de

Luz, con elocuente acento, conmovido por el espectáculo que presenciaba, dirigió un brillante discurso á la multitud, electrizándola al enumerar lo que debíamos á la Virgen; arrebatándonos al señalar con energía y precisión los deberes que para con la Reina del cielo tenemos y los objetos por que debemos pedir y orar ante la Santísima Madre de Dios, concluyendo tan tierno acto por la solemne bendición que se dió á todos en nombre y por delegación de Su Santidad.

Formados en procesion como á la ida y entonando la letanía y el himno, siempre nuevo y siempre grato al corazón, regresamos á la estación, atravesando el pueblo, para tomar el tren que á las ocho y media de la noche nos dejaba en San Juan de Luz, despidiéndonos solamente en la Iglesia, despues de las prácticas de costumbre.

Hé aquí en globo la reseña de esta devota peregrinacion; su relato quizás cause risa ó lástima á los llamados *espíritus fuertes*, pero es seguro que alegrará los corazones de los verdaderos creyentes. Aquellos reproducirán con este motivo su saña y su despecho contra el misterio augusto de la Concepcion Inmaculada, mas sus gritos de rebelion se ahogarán entre el eco armonioso de las oraciones que glorifican y ensalzan á la Aurora del Sol divino.

Concluyamos: ya que el mundo moral parece que se desquicia; que la fé sufre, que la justicia y la santidad padecen, ¿hay nada mas hermoso, más digno de alabanza que el pueblo creyente, sano y honrado, se agrupe en torno de la que es alegría de Israel é imágen manifiesta

de la misma bondad? No vacilemos, no: humillémonos ante la Concepcion Inmaculada de Maria que al inclinar la frente ante quien es la misma virtud, atraeremos la fragancia y el aroma que respira la Reina del cielo: doblemos la rodilla, humillemos la cabeza, que este homenaje lejos de degradar enaltece, en vez de empequeñecernos, nos eleva, de tal modo, que cuando nuestro rostro toca á la tierra en adoracion á la que engendró á todo un Dios, coloca nuestra frente á una altura inmensa, que casi casi llega á confundirse con la pléyade de querubes que forman el trono de la que en el cielo es nuestra Madre y acá en la tierra la Protectora idolatrada de un pueblo de fieles, sobre el que Ella derrama á manos llenas sus generosas dádivas.

A. de A.

Ciboure, 26 de Setiembre de 1873.

VARIEDADES.

FÁBULA.

No dañan ciertos insultos.

A un burro le molestaba
De un potro la compañía,
Que más el potro comía
De lo que el burro anhelaba.
El burro piensa que piensa
Cómo deshacerse de él:
Por fin resolvió cruel
Hacerle una dura ofensa.
Alzó en rebuznos la voz:
Y, de las cuabras al uso,
En la postura se puso,
Y le disparó una coz.

El pobre burro creía
Que por la ofensa picado
El potro le dejaria
El pesebre abandonado.

Al ver que no se movió,
Le dijo: «¡Qué indigna calma!
«¿Tienes de cántaro el alma?
»¿No ves que te ofendo yo?»
«Mucho la coz me ha dolido,»
Dijo el potro; «mas discurro
»Que nunca me he resentido
»Por las ofensas de un burro.»

Antonio Campos y Carreras.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto, y por la tarde á las cuatro menos cuarto, Minerva con sermón que predicará D. Vicente Morell. teniente cura de la misma. En las demás iglesias los oficios de costumbre.

Por concesion del Sumo Pontífice Inocencio XI se gana indulgencia plenaria confesando, comulgando y asistiendo á la misa conventual orando en ella por las necesidades de la Iglesia.

Mártres.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho.

Jueves.—En las Agustinas á las ocho y media misa y sermón que dirá D. Francisco J. Guimbeu, vicario de la Virgen de Gracia, en honor de San Estanislao de Koska. En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto, y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Viernes.—En las Agustinas á las siete y media será el oficio con tres misas cantadas en sufragio de las religiosas difuntas.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho.